

ingeniero no llegó a ver sino el rostro del hombre transfigurado por la agitación (la jodienda de los años, pensó el ingeniero), su cabeza despeinada, su gesto de caer en el vacío, y dio un salto apresurado para sostenerlo, pues el viejo tropezó en un desnivel del suelo y estuvo a punto de caer (pobre viejito, casi se saca la mierda, pensó el ingeniero).

—Cuidado, don Antonio.

—Gracias, ingeniero —respondió la voz ruinososa del viejo, que luego se despidió muy rápido, justificándose con un compromiso que acababa de recordar y cuidando que los bordes del saco ocultaran la parte mojada del pantalón, y presintió que el aire de la calle lo aliviaría, le quitaría de encima esa harina ridícula que lo embadurnaba de pies a cabeza y que, al fin de cuentas y para colmo de males, no era otra cosa que su propia ira, esa ira que le hizo lanzar los gritos que lanzó contra el ingeniero y que nadie escuchó ni escucharía jamás, porque esos gritos obedecían a su nueva naturaleza, a ese mundo donde sus cosas más tremendas las decía para él mismo, las gritaba como en la boca de un túnel, que no era otra cosa que gritar para sus adentros, ya que las gentes se habían convertido en sus propias entrañas: «Ingeniero, hijo de puta», volvió a gritar, y sintió que aquel grito al único que ensordecía era a él mismo. Los años habían hecho su parte, pero la muerte de su mujer (de mi pobre mujer, decía) fue el peso definitivo. El primero en hacérselo ver fue el espejo tamaño natural de la antesala: en sus imágenes advirtió la infinidad del vacío que significa una imagen que ya nunca se volverá a ver. La muerte de su mujer fue un peso demasiado grande, algo que ni siquiera imaginó que sería (si alguno de los dos se llega a morir primero, seré yo, le decía a su mujer, y así iba a ser, y así también lo creía su mujer).

—¿Usted cree que en menos de cinco días? —preguntó el viejo antes de trasponer la puerta de la sala hacia la calle, volviéndose hacia el ingeniero.

—Metiéndole todo, sí —respondió el ingeniero, golpeándose la palma de una mano con el puño de la otra.

—Métale todo —dijo rotundo el viejo, pero no porque quisiera decir lo que en realidad escuchaba el ingeniero, sino porque lo que en verdad quería decir era algo que librara al recuerdo de su mujer de la impúdica lobretez de esos ojos (de esos ojos de hijo de puta del ingeniero hijo de puta, se dijo). Luego con un pie en la calle, volvió a sentenciar, pero esta vez sin volverse—. Si le es posible, empiece por el rincón de la rubia.

El ingeniero celebró la decisión con una enorme carcajada y aplausos y palabras entrecortadas por la risa, que el viejo ya no vio ni oyó. La calle traía demasiado ruido y, además, hacía ya mucho tiempo que le resultaba muy difícil (él prefería decir difícil a decir imposible) oír las cosas lejanas.

En sus buenos tiempos, Antonio Bustamante había sido alto y espigado, su mujer también había sido alta y espigada, y acaso ésa fue la razón (la verdadera razón, decía el viejo) por la que no faltaban quienes confundían su esbeltez con arrogancia y, lo que era más mortificante, con vanidad; lo cual definitivamente no era verdad. Lo que sí era verdad fue que, en su perpetuo afán de resultar siempre amable y atento (lo que le prevenía de su inmesurable temor a ofender), se inclinaba solícito y cordial hacia

las personas de menor estatura que conversaban con él. Así también fue su mujer. Y nunca antes llegó a pensar, como sí lo llegó a pensar después, que esas frecuentes inclinaciones, a la larga (él decía si no es hoy, es mañana), acabarían curvándole la columna y dándole un aspecto de jorobado (entre las pesadillas más terribles de su juventud, las peores eran aquellas en las que se soñaba convertido en un jorobado. Una vez se soñó ser un enano, pero nunca tuvo mayor miedo que cuando se soñaba como un jorobado: un enano ya no puedo ser, se decía, pero un jorobado sí). Ese pensamiento, que se le convirtió en una mortificación, se le vino a la cabeza antes del año de muerte su mujer. Fue entonces cuando adquirió la costumbre (la mala manía, decía él) de mirarse cuantas veces pudiera en el espejo tamaño natural de la antesala, en busca de cualquier desnivel que amenazara la rectitud de su columna (él prefería decir espina dorsal, que era la manera como también prefería decir su mujer). Ante la amenaza inminente, practicó algunos ejercicios para asegurar la perdurabilidad de su esbeltez, pero aquellos entusiasmos le duraron poco, se le olvidaron presto y para siempre. Fue como si se empozaran en el espejo, del que él huyó. Sin embargo, en el teatro y frente al ingeniero, cuando le gritó ingeniero hijo de puta, el viejo hizo exactamente los mismos movimientos de uno de aquellos olvidados ejercicios (de los anclados en el espejo, solía decirse): movió los hombros hacia atrás en un ir y venir vertiginoso, convulsivo; pero con la diferencia de que el esfuerzo esta vez le hizo apretar los puños hasta hacerse daño con las uñas. Al voltear la esquina pensó en aquel movimiento de sus hombros y sintió la presencia del espejo, no de todo el espejo en su dimensión de tamaño natural, sino únicamente de aquel pedazo correspondiente al vacío de la imagen de su mujer (pobre, la pobre, dijo) y nuevamente gritó con todas sus fuerzas: ingeniero, hijo de puta. Pero hoy sucedió algo distinto: se sorprendió descubierto (oído de verdad, pensó). Lo notó al ver los ojos fijos, desconcertados, iracundos de una mujer que lo miraba sentenciando con la cabeza el grosero comportamiento de aquel que se atrevía a lanzar a rienda suelta semejantes lisuras, de aquel que no resultaba ser otro sino él. Lo advirtió también en la amonestación de una pareja de jóvenes que pasó por su lado: no sea vulgar, cuidado con la policía, amenazó la muchacha.

Yo. Yo —dijo el viejo, y la verdad es que dijo otras cosas más, que al igual que sus palabras en el retrete de la sala del teatro no salieron de él. Se tropezó con algo que ni siquiera existía, se llenó de sofocación, de sudor, de un sudor que, más que del bochorno del acto fallido, le provenía del descubrimiento de una nueva humillación a la que lo sometían los años: la humillación de ya no poder diferenciar entre hablar para afuera y hablar para adentro. Incluso percibió que su cuerpo contradecía a su voluntad: sintió que tragaba un buche de saliva cuando él (estaba seguro de ello, completamente seguro) lo que en realidad había ordenado a su cuerpo era echar por entre los dientes su legendaria lluvia de saliva. También sintió que la saliva le empapaba el mentón, y su chasquido, su legendaria manera de mandar, ya no era sino un ruido vergonzoso, humillante. Volvió a tropezar en otra cosa inexistente (hijo de puta, gritó para sus entrañas, en un grito sin destino) y cayó sin fin. Esta vez sí arañó el vacío con las uñas de sus dedos. Unos brazos de mujer lo sostuvieron en el aire, de una mujer que resultaba ser como un retrato (más que retrato, más, dijo) de la bailarina rubia de la pared del teatro que él acababa de sentenciar a que fuera demolido.

—Tenga cuidado, señor —le dijo la rubia.

—Gracias, gracias, señorita —agradeció el viejo y vio que los ojos de la mujer que lo miraban con ternura infinita eran los ojos incomparables de la rubia de la Metro Goldwyn Mayer. Sintió entonces un impulso irrefrenable de abrazarse a ella, de hacer como hizo el sargento del desierto que no dejaba de llorar abrazado a la rubia que tampoco dejaba de llorar junto a la caravana de beduinos. La rubia de la Metro Goldwyn Mayer desapareció por un instante y entonces sólo apareció el sargento, y el viejo vio que el sargento no era tan sólo el sargento sino también él, él mismo. Y ahí fue que se abrazó a la rubia y sintió la placidez de sus senos maravillosos amortiguando la caída de su cara, y no únicamente de su cara sino de todo su cuerpo (en cuerpo y alma, se dijo). Escuchó también la marcha triunfal de la victoria del sargento contra el desierto, del sargento que era él (Antonio Bustamante, en cuerpo y alma, se dijo nuevamente). Y no hubo alivio comparable (ni aun sumando o multiplicando todos los alivios que sintió en los tormentos de su vida) a la tibia blandura de aquellos brazos que lo anidaban con un cariño que él supo reconocer bien de qué cariño se trataba, porque nadie sino su mujer lo sabía prodigar. Y se rindió al arrullo de aquellos labios, como si los buenos tiempos retornaran engrandecidos por tanta ausencia, para no irse, para quedarse, más fuertes que los siglos. Cuando pensó «los siglos», lo pensó con un grito de triunfo, y no como cuando lo decía en los rezos con su madre o con su mujer. Como si todo en los buenos tiempos hubiera sido bello, pero en blanco y negro y en una pantalla tan sólo del tamaño de la vida, y ahora volvía a ser tan bello pero a colores y en una pantalla sin fin, —qué hermosa que es la vida— dijo y se acurrucó con la misma risa de esos tiempos. El viejo la besó, fue el inevitable beso de la felicidad. El viejo supo que besó aquellas mejillas rubias, aquella boca, y que el sargento se fue en su caballo, con la rubia en la grupa de su caballo. Supo también que el sargento y la rubia se salvaron y que toda salvación queda al borde de un manantial. El viejo no tuvo tiempo para darse cuenta que cuando llamó a la rubia con el mismo nombre con el que llamó siempre a su mujer, esas palabras fueron sus últimas palabras. Tampoco tuvo tiempo para advertir el remolino de curiosos que se había juntado a su alrededor para mirarlo agonizar en los brazos de aquella negra caritativa que no dejaba de llorar mientras sostenía la cabeza de aquel viejito a quien la vida se lo trajo para que viniera a morir en sus brazos.

Jorge Díaz Herrera